

a apoderarse de un dominio personal verdadero". La alusión a Carver en el inicio de ese comentario es francamente injusto y gratuito. El poder lírico del estadounidense está en la desnudez y la capacidad cortante de su prosa, no en las maromas de su lenguaje.

Al terminar de leer el libro me asalta la pregunta de porqué se publican obras como esta. Editar libros no puede ser una obligación para nadie, ni autores ni editores. El mundo no se acaba porque haya menos libros, y en cambio la literatura sí gana mucho si unos y otros son conscientes y son rigurosos al tomar la decisión de sacar a la luz una novela o una colección de cuentos o de poemas. A un autor no le deben bastar el entusiasmo momentáneo que le producen sus textos, ni el ánimo solidario que le pueden dar sus amigos. El escritor tendría que meter la cabeza en un balde de agua fría y dejar que pase un tiempo, un buen tiempo. Tendría que pensar si lo que ha escrito y quiere publicar le contribuirá en algo al torrente de la literatura, pero ante todo al torrente de la buena literatura. Las influencias hay que honrarlas y no malbaratarlas. Los maestros deben ser sombras implacables y que infunden temor sin llegar a paralizar. Pero no se puede creer que la sola lectura de los buenos escritores da la autoridad suficiente para escribir como ellos. Hay que exorcizarlos imitándolos a la perfección para luego olvidarlos. O para revertir lo aprendido con ellos en una manera, ahora sí, personal de decir lo propio, de contar la vida desde este otro lado.

Aunque lo anterior sea una recomendación y un veredicto (o sermón) que nadie me ha pedido, no he visto una forma distinta de cerrar una reseña como esta que, tal vez lo he dicho antes en otro lugar, no es una experiencia grata porque tiene poco de rescate de la obra que comento. Lo que uno quiere siempre con ahínco es que los libros que caen en nuestras manos sean buenos libros, que uno disfrute como lector, ante todo, no tanto como crítico, y mucho menos como crítico mala leche, esa ingrata figura. Pero entrado en gastos, no hay más que hacer que ser sinceros y decir humildemente lo que provoca el libro echando mano de lo que uno ha

aprendido en tantos años de lecturas y de abrazos con la literatura.

Luis Germán Sierra J.

Soñar menos y escribir más

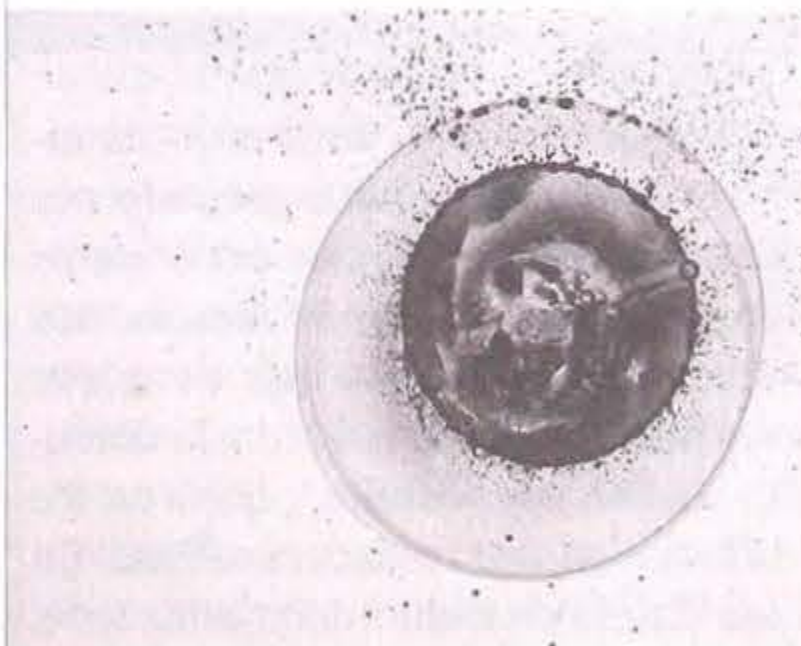
Historia de un hombre que soñó

JOSÉ IGNACIO ESCOBAR

Hombre Nuevo Editores.

Medellín, 2010, 145 págs.

PARA EVIDENCIAR, de entrada, cómo son de redundantes y flojos –en el sentido no de sueltos, sino de faltos de solidez– los cuentos del libro *Historia de un hombre que soñó*, de José Ignacio Escobar, cito un aparte de su también obvio comentario de contraportada sobre las supuestas bondades de los relatos de adentro: "[...] Las historias presentan sueños a realizar, pero sus protagonistas deben antes pasar por algunas pruebas para alcanzar los objetivos. Algunos logran arribar al culmen de la vida bajo soledades inconformes; otros apenas empiezan a descubrirse como parejas [...]". De este comentario, sin firma pero sin duda del mismo autor, se desprende el espíritu de los cuentos. Aquella manera de decir que 'Algunos (protagonistas) arriban al culmen de la vida' no es más que la redundancia que hay en toda esta narrativa.



Es ingenuo este libro –como es ingenua toda la literatura por el estilo– porque deja ver que su autor parte de la premisa básica de contar en forma muy juiciosa, digamos, sus historias, para con ello dar cuenta de unos buenos relatos. Las narraciones transcurren llenas de datos innecesarios,

obvios y "bien intencionados", es decir, lo que, sin mucho cacumen de por medio, puede señalarse como, precisamente, lo que menos necesita un buen cuento. Este, a mi entender, debe ser conciso y sostener, mediante un lenguaje eficiente y diálogos creíbles y certeros, una tensión hasta el final, un desenlace sorprendente. Sorprendente, vale decir, no necesariamente significa asombroso o inesperado: también es misterioso, enigmático o ambiguo. En este libro los desenlaces vienen "cantados" o llegan flácidos, sin vigor.

El autor decide un tema: el viaje, y desde allí construye diversas historias protagonizadas por familias, parejas, o algún solitario, como en el caso de *El paraíso perdido*, en el cual el hombre, cansado de su casa y su familia, decide ocultarse en el campo y llevar allí una vida casi de ermitaño, aunque dedicado a la bebida y a escribir lo que piensa. Su hija, narradora que reconstruye la historia, encuentra el manuscrito cuando el hombre muere y nos da varios fragmentos, comparándolos a veces con *El Quijote*, especulando con ideas literarias tan ingenuas como lo ya anotado (a pesar de que es ficción, el contexto de las referencias literarias no están puestas aquí a manera de ironías de nada: quieren ser serias, pero no son más que ingenuas, de nuevo). Me da la impresión de que el nivel literario y de escritura de estos relatos no supera el de un curso de redacción en una clase de español. Tan planos y tan "pensados" son. Como si su autor no hubiera leído buenos cuentos en su vida, como si no tuviera algunos de aquellos referentes tan necesarios para escribir. O para callarse y esperar. Las descripciones de sus personajes son inocentes y carecen de detalles que llamen verdaderamente la atención o entreguen alguna clave respecto a lo que ocurre en la trama, algo que deje sospechas acerca del desenlace. No hay ninguna gracia ni ninguna pericia en las descripciones de lugares, personajes y objetos. Dicha descripción no ahonda para nada en las características psicológicas de unos personajes que, entonces, dicen cosas más o menos insulsas en contextos igual de anodinos, pero, eso sí, tratando de ser "interesantes", como esto:

—Quisiera sentir lo que siento ahora por mucho rato—dijo Magdalena.

—Es sencillo, mujer—dijo él—. Toma eso, coge la sensación con las manos, aprieta fuerte y llévatela al corazón.

Magdalena hizo la mímica entera. Martha regresó.

—Es hermoso todo—dijo.

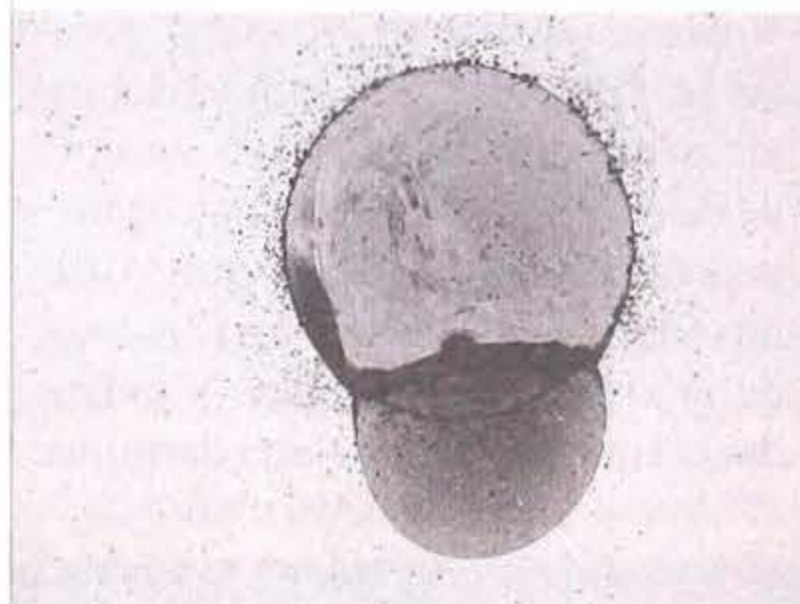
En un instante cada uno por su cuenta tuvo la certeza de que los otros dos estaban sintiendo algo parecido a la alegría. Sin embargo, ninguno habló. No era necesario. [pág. 35]

John Cheever a los 22 y 24 años (y aun menos) escribía ya unos cuentos espléndidos. Se le notaban influenciados por Hemingway y por Dos Passos, pero con ellos aprendió a escribir para toda la vida. Y se hizo, andando el tiempo, uno de los mejores cuentistas en un país que los tiene magníficos, al punto de hacer pensar a muchos, como lo anota Somerset Maugham en algún ensayo sobre el género, que son los gringos los inventores del cuento. Lo que digo de Cheever puede comprobarse en un libro titulado *El hombre al que amó*, compuesto por cuentos de los años treinta. Aunque se dice mucho que es odioso comparar, a veces es necesario decir algunas cosas apoyados en casos tangibles y corroborables. Aquí me atrevo a hacerlo de esta manera dado que José Ignacio Escobar no parece haberse molestado en estudiar y leer con detenimiento a algunos autores clave en el arte de escribir cuentos. O entendió mal lo que aprendió en sus lecturas (tal vez busca con denuedo “una voz personal”, como tanto se dice en estos casos). La inocencia de un autor novato la rompe un escritor poderoso. No importa que al comienzo se oiga el eco de esa voz en la voz que nace, si hay talento y oficio.

Podría decirse que estos siete cuentos son de un libro de iniciación, los que servirán para moldear la formación del futuro sólido escritor. Puede ser. No obstante, percibo en Escobar a un autor que, además de inexperto en la escritura del cuento, hablando en términos estrictamente técnicos, también adolece de falta de agudeza narrativa y de penetración psicológica en los personajes que quiere definir. Con esos elementos lejos de su

alcance, por lo visto aquí, creo que su camino es “barajar y comenzar de nuevo”. El cuento es un género exigente y requiere aplicación y destreza. Y buenas historias, por supuesto.

Se oyen muchas quejas en Colombia por falta de apoyo editorial al cuento, tal vez por la mayor prevención de los editores frente a un género que exige concentración y contundencia y del cual no tenemos en el país una sólida tradición, y solo casos aislados sobresalientes como los muy conocidos de García Márquez, José Félix Fuenmayor, Pedro Gómez Valderrama, Germán Espinosa o Álvaro Cepeda Samudio, y otros más recientes como Jaime Espinel, Julio César Londono, Julio Paredes, Pedro Badrán o Juan Esteban Constaín. Es posible que el poco glamur que se le atribuye al cuento en el mundo de las letras y las dificultades de su publicación explique que en el país abunden novelas y poemas ante la creencia de que en esos sí somos buenos. Hay muy buenos novelistas y poetas, al igual que los hay malos cobijados por la autopublicación o por la complacencia de editores, y hasta de premios.



Aunque la queja tenga algo de razón, la verdad es que a menudo nos enfrascamos en debates poco claros porque, también con frecuencia, nos vence un sentimiento que tiene que ver más con la solidaridad y la defensa de los más “débiles”, que con los criterios de una verdadera calidad. En ese último elemento debe estar todo. Es ahí donde debemos admitir que mucho de lo que se publica, dedicado a las nuevas voces (pero también de otras voces) es muy poco halagüeño. No hay rigor en muchos de aquellos que quieren publicar a toda costa, ni en editores sin muchas exigencias, aunque es aquí donde tendríamos que hablar de la autopublicación como

una desafortunada manera de “sacarse el clavo” por parte de quienes han sido rechazados en editoriales y concursos. Con las honrosas salvedades que siempre existirán. Todo ello ocurre porque, ante todo, tiene que existir la libertad y la soberanía de hacerlo, pero ello no nos puede inhibir, igualmente, de decir lo que decimos: libros como *Historia de un hombre que soñó* deben quedarse engavetados o ir al cesto de la basura (ese gran crítico) como parte de un camino de aprendizaje en el arduo oficio de la escritura. La autocensura es tan importante como el deseo irrefrenable de publicar cuando hay verdadera calidad.

Luis Germán Sierra J.

Una antología de cuento fundamental

Señales de ruta

Antología de cuento colombiano

JUAN PABLO PLATA

(selección y prólogo)

Arango Editores, Bogotá, 2008, 231 págs.

HE AQUÍ una muestra de gratificante y a veces sorprendentemente placentera lectura: diecisiete cuentos de autores colombianos (aquí no me enredo en hacer distinciones de género, que la muestra misma se encarga de relevar), nacidos entre 1972 y 1982, si es que los tres creadores que soportan el nombre de Las filigranas de Perder no se salen de este marco cronológico. En cualquier caso, una antología de cuentistas jóvenes, de quienes podemos seguir esperando nuevas expresiones¹ (no solo narrativas: también cinematográficas, poéticas, plásticas, teatrales, ensayísticas, etc.) y por tanto quienes nos dan un indicio de la salud y vitalidad de nuestras letras en el momento presente. El indicio es más que positivo: es incluso revelador de la insurgencia y consolidación de voces que

1. Salvo en el infortunado caso del extraordinario narrador que es Johann Rodríguez-Bravo, payanés muerto en el 2006, y cuya novela *Ciudad de niebla* se publicó póstumamente. ¿Aparecerán otros textos inéditos?